



**VICTOR DEUPI
Y JEAN-FRANCOIS LEJEUNE**

**Cuban Modernism. Mid-Century
Architecture 1940-1970**

Birkhäuser Verlag GmbH., Basilea, 2021, 334 pp.
Tapa dura. 48 €

Idioma: inglés

ISBN: 978-3-0356-1641-5

FRANCISCO GÓMEZ DÍAZ

Universidad de Sevilla
fgd@us.es

Cuban Modernism. Mid-Century Architecture 1940-1970, es una radiografía tan amplia como precisa de este periodo clave de la arquitectura cubana, dilatándolo para indagar en los antecedentes y en las reverberaciones que se fueron disipando a partir de 1959. Un periodo en el que Cuba era un laboratorio donde se gestaba un sincretismo entre lo vernáculo, ligado a la puesta en valor de las claves identitarias de la forma de hacer ciudad y arquitectura, y las numerosas influencias de la modernidad que llegaban de todas partes.

A lo largo de seis capítulos hace un recorrido completo por estos treinta años, partiendo de la reformulación contemporánea de la vivienda vernácula de la mano de Eugenio Batista, para seguir con la planificación de La Habana, con especial atención a los planes de Forestier y de Sert como referentes de dos formas distintas de hacer ciudad. En el capítulo sobre la ciudad moderna indagan en la arquitectura desde el punto de vista funcional, que abordará después la arquitectura para el turismo y el ocio, con una mirada desde el contexto caribeño. Las artes vinculadas al objetivo de la obra total ocupan el quinto capítulo, para concluir con la labor de esta generación en el exilio, en países como Venezuela, Puerto Rico, México y, especialmente, Estados Unidos.

Este itinerario parte de aquellos sólidos profesionales cubanos cuyas trayectorias, que en su mayor parte aparecen recogidas en un apéndice específico, sembraron las bases del periodo de esplendor. Es el caso del urbanista Pedro Martínez Inclán, y del arquitecto Eugenio Batista mencionado anteriormente, ambos profesores universitarios, cuyas investigaciones en el ámbito urbano y en el de la vivienda fueron claves para lo que se desarrolló en décadas posteriores.

De hecho, es Pedro Martínez Inclán el que mediará para que se le encargue al paisajista francés J. C. N. Forestier el Plano Regulador de La Habana y sus alrededores (1926-1930), que acabaría convirtiendo en un plan de embellecimiento de la ciudad, poniendo en valor sus cualidades paisajísticas. Eugenio Batista, por su parte, será el precursor de una nueva mirada sobre la vivienda, que sintetizaría con sus 3 P: patios, persianas y portales.

Ya en la década de los años cincuenta, el cambio de modelo en la producción de ciudad, dará lugar al encargo en 1955 del Plan Piloto de La Habana a Town Planning Associates, equipo compuesto por Sert, Wiener y Schultz, quienes a lo largo de tres años desarrollan una planificación a todas las escalas de la capital cubana, desde el área metropolitana hasta un sistema de cinco núcleos cívicos, como vórtices de actividad del territorio urbano, algunos tan polémicos como la isla en el Malecón destinada a hoteles y casinos, o la denominada 'rehabilitación' de la Habana Vieja, con vocación de convertirse en centro financiero.

Entre ambos planes, es cuando esa Generación del 50 cristalizará en su magnífica producción, influenciados también por la nómina de arquitectos de primer nivel que desfilan por la isla: Walter Gropius, Joseph Albers, Mies van der Rohe, Richard Neutra, Luigi Moretti, Franco Albini, Josep Lluís Sert, Igor Polevitzki, Harrison y Abramovitz, y Wellton Becket, entre otros. Y todos, como sostienen Deupi y Lejeune, encuentran un caldo de cultivo propicio a trenzar puentes en un momento en el que todo era posible en Cuba, pues su desarrollo económico era imparable, aunque no siempre nítido.

Esto no significa que todos los arquitectos de esa generación estuviesen adscritos unívocamente a una tendencia determinada, ya fuese el organicismo, el estructuralismo, o el racionalismo, una clasificación epistemológica en la que han insistido mucho los historiadores. Porque si algo pone de manifiesto este libro es que el mestizaje es algo consustancial en toda la producción arquitectónica, o urbana, de manera que las tendencias que venían de otras latitudes, fueron paulatinamente filtradas para adaptarlas a las claves de una identidad tropical, propia.

En la obra de arquitectos como Mario Romáñach, Nicolás Quintana, Frank Martínez, Max Borges, Arroyo y Menéndez, Antonio Quintana, o Martín Domínguez, es fácil entrever

esta evolución marcada por el sincretismo, de manera que a su madurez vital se añade la profesional, dando lugar a algunas de las mejores obras que aún hoy podemos disfrutar en La Habana, aunque afectadas por el paso del tiempo y el abandono. Y, lo que es más importante, se convirtieron en referentes de los arquitectos más jóvenes que, con las cualidades e intereses de cada cual, aprendieron inequívocamente de ellos.

Sin embargo, no se puede aislar la arquitectura del resto de las manifestaciones culturales que tenían en ese periodo una efervescencia vital: música, danza, teatro, pintura, escultura, etc., que se abordan en el capítulo 5 del libro con el sugerente título de "La síntesis de todas las artes". Porque todos participaban de la búsqueda de esa 'obra total', capaz de aunar sensibilidades y técnicas. Artistas como René Portocarrero, Amelia Peláez, Cundo Bermúdez, Wilfredo Lam, Rolando López Dirube, Mariano Rodríguez, o Rita Longa entre otros participaron con algunos arquitectos en la integración de las vanguardias artísticas en las obras, también vanguardistas, que se estaban construyendo en esos momentos.

Este panorama de sinergias en diversos ámbitos, hicieron que Cuba en general, y La Habana en particular, viviera un periodo dorado, convertida en lugar de deseo en el imaginario colectivo del continente, y más allá.

Y en eso llegó Fidel.

El triunfo de la Revolución supuso un cambio de paradigma, no solo político, económico y social, sino también profesional. El férreo control de los medios de producción, y la disolución del individuo en la colectividad, hicieron que muchos arquitectos optaran por el exilio, aunque hubo también algunos que prefirieron reciclarse en la nueva sociedad revolucionaria.

En este sentido, este libro extiende la investigación hasta 1970, lo que le permite estudiar la labor realizada por los arquitectos que decidieron permanecer en Cuba, con obras importantes tanto en vivienda como en grandes equipamientos, y hacerlo también con aquellos otros que, en los países que los acogieron, prolongaron sus trayectorias personales, con resultados brillantes en muchos casos.

Esta producción del exilio no se había abordado hasta ahora en profundidad, pues rastrear los itinerarios personales no es tarea fácil dada la dispersión geográfica de su labor. Tal vez por eso lo hace más interesante, para ratificar que siguieron haciendo obras de interés después del exilio al que se vieron sometidos.

Me parece justo reivindicar esta labor como parte del patrimonio de una generación cubana, especialmente en el momento en el que nos encontramos, con trayectorias difuminadas geográficamente en este mundo globalizado.

DOI: https://doi.org/10.26754/ojs_zarch/zarch.2021176279